

SIN UNA MIRADA NO HAY PAISAJE



2018-2019

SIN UNA MIRADA
NO HAY PAISAJE



2018-2019

Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín. Colección *Catálogos*, 3

Primera edición, 2018

Edita:
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA COMUNIDAD DE ALBARRACÍN (CECAL)
C/ Magdalena, s/n
44112 Tramacastilla (Teruel)

Comisariado:
Carmen Martínez Samper
(Universidad de Zaragoza), 2018

© De los textos, sus autores
© De las imágenes, sus autores

Diseño del catálogo:
© Carmen Martínez Samper

ISBN 978-84-09-06299-7
Depósito Legal: TE-178-2018

Imprime Perruca. Industria gráfica

Impreso en España. *Printed in Spain*

CONTENIDO:

Presentaciones

CATÁLOGO

- José Beneito Montagut
 - Luis Giménez Alamán

- Raúl Blanco Masó
 - Ignacio Ginesta y Stephanie Murciano

- José Colás López
 - Mario Hinojosa

- Patxi Díaz
 - Víctor M. Lacambra

- Darío Escriche Domínguez
 - Antonio Castellote

- Julia Fernández Martínez
 - Aurora Sánchez Esteban

- Luis Frontera Aldana
 - Javier Sierra

- Luis Antonio Gil Pellín
 - David Sáez Ruiz

- Laura Hernández M.
 - Alicia H. Moreno
 - David Pérez

- Lidia Hernández Perona
 - José Manuel Vilar Pacheco

- Jaime Lahoz (Drakis)
 - Santiago Martínez Fernández

- Tino Quílez
 - Cristina Giménez

- Mónica Sánchez Muñoz
 - Cristina Giménez

En primer lugar quiero agradecer la oportunidad que me brinda el Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín (CECAL), para contribuir con estas líneas a la difusión del Catálogo de la Exposición Fotográfica "Sin una mirada no hay paisaje", título muy acertado para situar el momento actual que estamos viviendo respecto al debate sobre la despoblación y la vertebración del territorio. En numerosas ocasiones, los discursos abundan en visiones tristes, oscuras y descorazonadoras de la situación, evidentemente lo es y no se puede disimular, no obstante, también debemos advertir que existen otras visiones, otras miradas como las que el catálogo ofrece gracias a la contribución desinteresada de catorce artistas que han mirado a la Sierra de Albarracín desde otros puntos de vista.

La fotografía, en general, tiene un valor polisémico, es un fenómeno complejo en el que se entremezclan valores y funciones diferentes; la etnografía, la sociología, la economía y, por supuesto, la función estética que ejercen sobre las personas que contemplan un momento, un instante. Citando a José Manuel Vilar Pacheco en la introducción de la publicación "La Sierra de Albarracín en el Archivo López Segura", editado por el CECAL en el año 2006, "las imágenes testimonian y certifican el paso del tiempo, son reflejo y espejo de nuestra identidad y memoria, pero también guardan (y cuentan) historias, como las palabras guardan tras de sí un halo de sugerencias abiertas al recuerdo y a la imaginación".

Así, en este Catálogo tenemos imágenes diferentes de la Sierra de Albarracín; próximas, apegadas a la realidad, con visión de futuro, de optimismo, de personas que viven y trabajan en la Sierra de Albarracín. Cada una de las fotografías efectúa un recorrido de la mano de la inspiración y acercamiento a la realidad cotidiana, evocando paisajes, localidades, cotidianidades y sueños que dejan al espectador un sentimiento de admiración, belleza y positividad. Además, gracias a este Catálogo se dan a conocer diferentes experiencias artísticas y personales de un buen número de personas que de una u otra forma sienten la Sierra de Albarracín como un territorio vivo y con enormes potencialidades. A ello hay que añadir la contribución de los escritores y escritoras que con sus textos han ilustrado a la perfección las imágenes. Quisiera destacar al turolense Javier Sierra, que desinteresadamente ha contribuido a este catálogo excepcionalmente.

Muchas gracias a todos los participantes, a la Comisaria de la Exposición Carmen Martínez Samper, al CECAL por su compromiso con el territorio y auguro un éxito total a la Exposición Fotográfica Itinerante "Sin una mirada no hay paisaje".

Pascual Giménez Soriano
Presidente de la Comarca Sierra de Albarracín

MI HUMILDE MIRADA

Tierras frías, paisajes perdidos, calles vacías, pero vidas llenas.

Las instantáneas de este libro me invitan a la reflexión, ¿A dónde llegaremos?, ¿Cuál será nuestro destino? En este lugar, como en tantos otros, donde parece que el tiempo en ocasiones no pase y se detenga en los instantes; de ahí que sea en las palabras y las imágenes donde los recuerdos quedan.

Y me respondo... aquí y ahora.

Hay una gran diferencia entre querer hacer algo y estar comprometido a ello.

Solo desde la convicción, el compromiso y la actitud, se pueden cambiar las cosas, esta tierra está envuelta en oportunidades, pero yacemos en el llanto permanente de lo ausente o errado.

Nuestro espíritu es el único capaz de modificar nuestro destino y eso comienza con el aquí y el ahora. Nosotros, los que aquí habitamos, somos el mayor y mejor recurso que tiene esta tierra, y en nosotros está la capacidad infinita de construir un lugar donde la gente quiera permanecer y cimentar su vida.

Lo que nosotros no hagamos, no van a venir hacerlo otros. Dejemos de buscar lejos lo que tenemos cerca, dejemos de echar la culpa a otros, cuando no luchamos nosotros; dejemos de quejarnos cuando la prosperidad está en nosotros. Pero es mas cómodo decir que no está en nuestras manos, dejemos de pensar en las carencias y pensemos en la inmensidad de lo que nos rodea, seguro hacemos cuentas y hasta nos faltaría tiempo para crear tanto en lo que se puede creer.

Os invito con estas letras, a romper los límites de nuestras propias barreras, pensad que en esta Tierra está el futuro, de quien así lo desee y desee, solo nuestro ESPIRITU INQUEBRANTABLE, nos hará alcanzar esta meta. Es tiempo de cambiar, nadie quiere ser como ayer, pero el ayer nos trajo aquí, si queremos tener un lugar diferente del que ahora tenemos, tendremos que hacer cosas que hasta ahora no hemos hecho.

El caracol también subió al arca, no por su rapidez, sino por su perseverancia.

Rosa M^a Sánchez Casas
*Procuradora General de la
Comunidad Histórica de Albarracín*

Cuando hace unos pocos meses Carmen Martínez me habló de este proyecto no pude menos que celebrarlo. En el CECAL llevamos casi quince años de funcionamiento en los que hemos realizado un número considerable de ediciones y, sin embargo, determinados temas de actualidad apenas han sido tratados todavía. Además de su faceta artística, lo novedoso de este proyecto expositivo es precisamente el punto de vista desde el que se aborda, planteando texto e imagen como una forma de definir el paisaje y con él a sus gentes. Una idea que subyace en cada una de las fotografías porque todas ellas son instantáneas de una historia singular en una tierra que permanece viva a pesar de los avatares inmisericordes del tiempo.

Son fotografías que nos permiten apreciar el pasado reciente y el más novedoso presente sobre diversos acontecimientos ocurridos en la Sierra de Albarracín y que han dejado tras de sí una huella indeleble marcada a fuego. Estas imágenes son escenas puntuales, eso sí, pero cada una trasmite una idea o visión diferente y a veces complementaria de la perspectiva que tienen el/la artista sobre un determinado suceso.

En estas imágenes quedan plasmados diversos acontecimientos de la vida cotidiana, desde el trabajo a los juegos, del paulatino abandono (a los que se ven sometidos algunos de nuestros pueblos) al vigor de la naturaleza que los rodea, aportando ese punto de visión positiva que esta tierra merece. Se han buscado miradas que construyen un paisaje común: el nuestro. No podemos olvidar que lo primigenio de la Sierra de Albarracín es precisamente su hábitat dentro de una naturaleza que el hombre ha pretendido domesticar con resultados diversos.

Sobre esta casuística se presentan diferentes improntas reflejadas en las treinta y nueve fotografías que conforman este trabajo. Y a través de dicha impresión, a través de la historia que encierra cada una de las instantáneas, podemos entrever multitud de cuestiones anexas a la imagen misma, las cuales, nos permiten abrir nuestro conocimiento no solo a los acontecimientos que encierran sino a todo lo que les rodea. Una relación espacio-temporal prácticamente sin fin, con múltiples variables, a través de las cuales conformamos una idea de todo aquello que lleva asociado cada instantánea. Haciendo un paralelismo, no necesariamente forzado, es como apreciar la multitud de rasgos que se observan en un cuadro expuesto. Una obra donde la reflexión subyace a lo que se muestra. Cada observador distingue matices diferentes. Esa es la virtud y el valor de la fotografía y la literatura; en esta edición sus autores dan cumplida cuenta. Mi más cordial enhorabuena a todos y todas, por este maravilloso trabajo.

Pedro Saz Pérez
*Presidente del Centro de Estudios
de la Comunidad de Albarracín*

En algunas ocasiones, asomarse a la ventana es un modo de recortar el paisaje con el marco que la limita. Cada uno de nosotros tenemos una forma diferente de mirar y una manera particular de posicionarnos frente a lo que se observa. Un método de reflexionar que, en este momento se lleva a cabo abriendo el diafragma del objetivo y, a través de él, el sentido sensible de nuestro pensamiento se activa.

La exposición de fotografía que presentamos, bajo el título "sin una mirada no hay paisaje", quiere propiciar la presencia de catorce fotógrafos vinculados a nuestro territorio, cuyos trabajos aportarán diferentes puntos de vista sobre el tema. Su vinculación con el paisaje (natural y humano) es singular. Con ellos "la permanencia" y su forma de "mirar, estar" nos detendrá por un instante con una invitación para construir esa mirada plural que enriquece el contenido del encuentro. Todos ellos están vinculados a esta serranía y esperamos que sea un comienzo al que podamos dar cierta continuidad en el futuro.

En la exposición se ha incorporado la necesidad de mirar desde dentro para "saber" de sus gentes. La "presencia humana" es la que nos motiva a poner en valor "la permanencia". De esta forma queremos dar visibilidad a quienes viven, permanecen o mantienen su vinculación con la serranía y capturan los fragmentos de lo conocido, de lo nuevo, de lo latente.

La palabra y la imagen nos acompañan en este recorrido y junto a veintisiete autores nos adentraremos en paisajes entrelazados por unos textos que nacieron a partir de las fotografías y se convirtieron en únicos. Acostumbrados al poder de la imagen, como medio de comunicación, abrimos la muestra donde los horizontes se construyen con una narración visual que nos ofrece situaciones de nuevo enfoque; leer, hoy más que nunca, es adentrarse en un tiempo tejido hasta completar el tapiz de una realidad fragmentada. Instantes que se suman a un deambular por una serranía de la que hemos querido ser testigos uniendo la literatura y la fotografía; el paisaje tiene un protagonismo especial. Así, la memoria se vincula al archivo donde los recuerdos permanecen ordenados; sensibles a una realidad que al igual que nuestro clima, en ciertos momentos, se define como extremo. Entre estos contrastes los serranos viven y conviven; la vida sigue su rumbo y diseña su destino, en algunos casos, superando las dificultades y, en otros, mejorando el día a día porque lo extremo nos hace fuertes y nos capacita para extraer de nuestro entorno la riqueza visual que nos ofrece.

Al final de este trayecto, he buscado en las palabras de Juan Ramón Jiménez una forma de conjugar una visión necesaria y concluyente pues "jamás un paisaje podrá ser idéntico a través de varios temperamentos de músicos, de pintor, de poeta. Cada paisaje se compone de una multitud de elementos esenciales, sin contar con los detalles más insignificantes, que, a veces, son los más significativos".

Para terminar, agradecer a todos los participantes su generosidad y a las instituciones su apoyo porque sin su confianza nada de esto sería posible.

Carmen Martínez Samper
*Comisariado
Universidad de Zaragoza*

CATÁLOGO

FOTOGRAFÍAS DE LA SIERRA DE ALBARRACÍN

Sin una mirada
no hay paisaje

José Beneito Montagut

Bocairent (Valencia), 1975. Reside en Moscardón (Teruel)

Informador-Educador Ambiental. Guía de Naturaleza. Desde el año 1998 estoy desarrollando trabajos de Educación Ambiental en el ámbito territorial de la Sierra de Albarracín. Sigo aprendiendo cada día del paisaje y estoy convencido de que su conservación y gestión equilibrada es la única alternativa de futuro para estas tierras de interior tan castigadas por la despoblación. Me gusta acercarme sin prisas para descubrir y compartir el interior de ese paisaje, algo alejado de la actual situación en la que el uso del paisaje parece encaminado a competir y correr.

He virado el cuello, todo lo que daba de sí, tras escuchar unas lejanas voces. He girado la cabeza para mirar, y permitirme soñar que las maletas que descansaban a sus pies llevaban también billete de vuelta, no sólo de ida.

Aún quedan moradores, esos que no entienden de acumular y prosperar en no sé qué, esos que no siembran ni guardan en exceso para vivir, y que parece que han descubierto el secreto de la vida: estar y vivir. ¿Se necesita tanto para vivir? No lo creen esas pequeñas flores que miran al suelo, a sus raíces, a su tierra, donde plantan su corazón y del que reciben la vida, no serían menos bellas en una maceta en las Ramblas de Barcelona salpicando de color el paisaje urbano. Ellas no quisieron emigrar, decidieron quedarse, en casa, porque la casa de uno, es la casa de uno.

Tampoco la oruga quiso crecer demasiado, el peso excesivo la hubiera arrancado de la roca donde fundamenta su vida y lanzada contra el suelo, quizá no hubiera sobrevivido al golpe existencial. Tampoco quiso tener grandes y largas patas que la llevaran para aquí y para allá, sin estabilidad... y así, con sus pequeños y numerosos pies no quiso ser andariega fuera del lugar que la vio nacer.

Acodada en un tercio oscuro, sus ojos se confunden con el negro. Solo el brillo de sus ojos, me permite saber donde acaban y donde empieza la oscuridad. Sólo el brillo que no se apaga, me permite entrever que sigue viva, que la esclerosis de patas no es tal, sino un apostura que tomo hace tiempo como rogando más vida. A pesar de los años, sigo viendo en su mirar la viveza del que espera, y que los años podrán surcar su cuerpo, encorvarla corporalmente, pero con un fuego tan vivo en su interior que le hace seguir confiando y esperando a que vendrán nuevas gentes.

A veces me confundo, y no sé distinguir donde acaba la vida y donde empieza el reflejo de ella y los sueños. Si la realidad que contemplo, es un hombre que se ahoga y levanta sus brazos poblados de vida pidiendo auxilio, o por el contrario un canto de victoria por tener tan buenas raíces debajo del agua. Contemplo agradecido que tengo capacidad de mirar con hondura, aunque sufra por girar el cuello excesivamente, aunque el peso de mi tierra a veces me limite y ancle, aunque mis piernas no quieran recorrer grandes distancias, aunque la oscuridad también me ronde pero no se apague en mí el brillo de mis ojos.

Luis Giménez Alamán
Ldo. en Humanidades y Teología



Caballitos en la mina



Cruzando el líquen



Otoño en el río Guadalaviar

Raúl Blanco Masó

Castellón, 1979. Reside en Bezas.

*Vecino de Bezas, amante de la naturaleza, de la vida silvestre y de las experiencias que aporta viajar.
Su vida personal y profesional va estrechamente ligada al medio natural y la vida rural.*

La Sierra de Albarracín constituye un paisaje natural heterogéneo, sometido a condiciones climáticas extremas. En este entorno se han desarrollado a lo largo de millones de años una fauna y flora autóctonas que han tenido que adaptarse a las condiciones que este hábitat ha experimentado a lo largo de su existencia. Como en otros lugares, nuestras especies sobreviven de los recursos que les facilita el medio. En el caso de la fauna, cuando estos recursos faltan o las condiciones no son las adecuadas, sus miembros migran.

El ser humano en nuestras tierras también ha debido adaptarse a esas difíciles condiciones y, a pesar de estar dotado de mayores habilidades, se ha visto abocado en muchas ocasiones a buscar esos recursos en otros lugares. No siempre la marcha hacia otras tierras ha estado únicamente ligada a la supervivencia, como les pasa a nuestros congéneres animales, en el caso del ser humano, en muchas ocasiones, es una búsqueda de mejores condiciones de vida y oportunidades, más allá de los elementos básicos.

Sin embargo, la idea de "mejorar las condiciones de vida" es, en sí misma, subjetiva. Cada individuo aspira a cosas diferentes. Quizá una sociedad como la de nuestra Sierra que ha dependido esencialmente de sus propios recursos y ha sobrevivido en mínimos, contrasta con el enorme volumen de necesidades generadas por la forma de vida actual. Las diferencias entre nuestras condiciones de vida y las expectativas que ofrecen otras tierras, marcan la frontera entre la permanencia y el vacío. Los que voluntariamente apostamos por permanecer en el territorio, somos conscientes de que, inevitablemente, esto lleva aparejado cierto grado de renuncia, pero queda compensado sobradamente con multitud de pequeñas y grandes cosas diarias de las que otros, teóricamente "afortunados", carecen. No se pide la luna, el problema es una cuestión de equilibrio.

El cambio climático que tanto ha trastocado el conocimiento y la experiencia que teníamos sobre lo que sucedía en nuestra tierra, ha puesto de manifiesto una realidad inapelable. Las especies que antes se veían obligadas a marchar en los momentos duros a zonas más benignas, debido a la moderación del clima, han dejado de migrar. ¿Y el ser humano?, ¿permanecería?



Águila pescadora (Pandion haliaetus)
Laguna de Bezas



Arde el cielo



Herrerillo (Cyanistes caeruleus)

José Colás López

Teruel, 1985. Reside en Bezas hasta los veintiséis años.

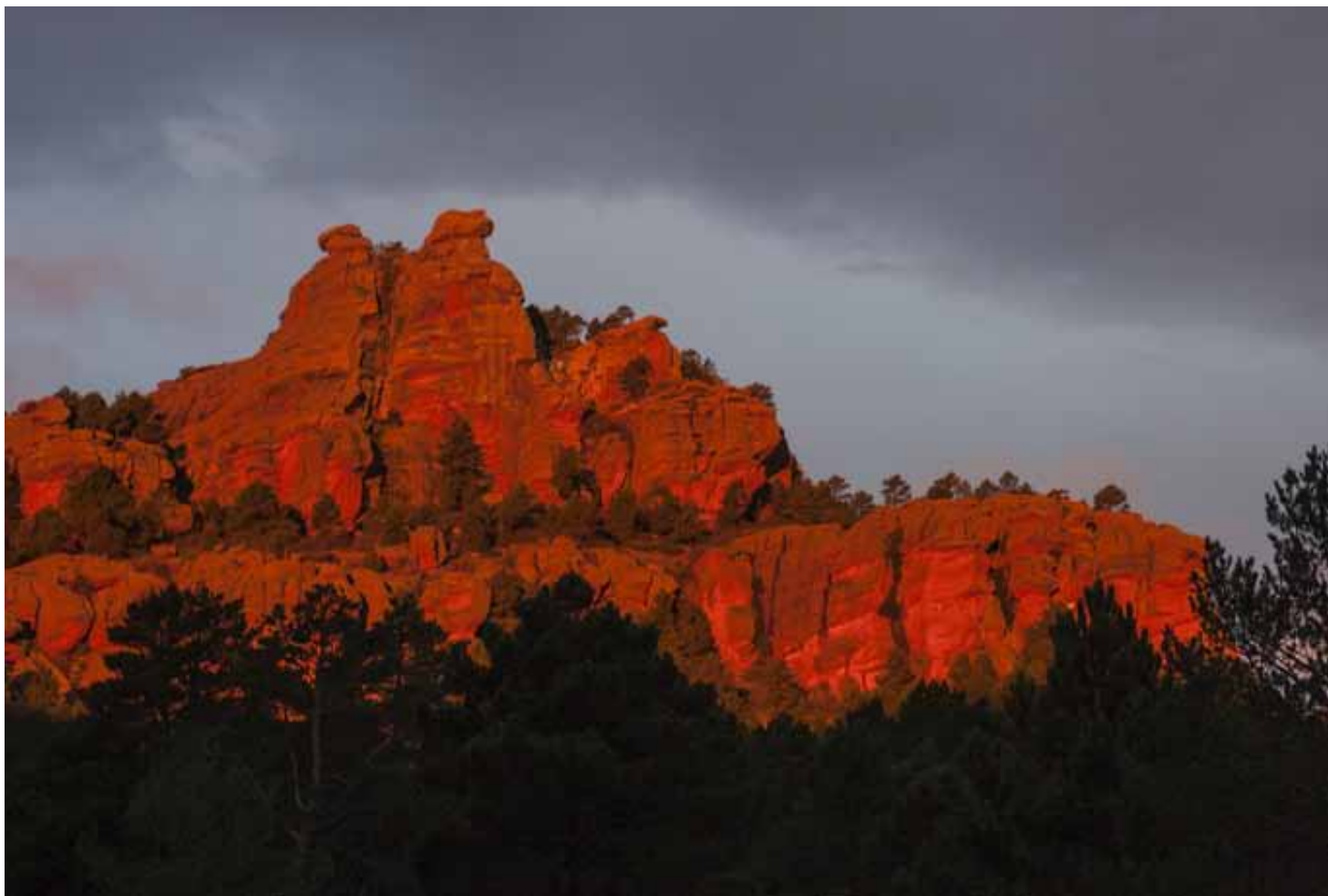
Soy un gran enamorado de la Sierra de Albarracín, de la vida en ella y sobre todo de su naturaleza, que fue mi patio de recreo y ahora es el lugar donde me siento más reconfortado cada vez que lo disfruto y al que considero mi casa por muy lejos que esté.

Una conversación pendiente

Para cuando te hayas decidido, habrá pasado el momento de poder contarte esta historia, mañana es tu palabra favorita, la mía es hoy. Tal vez pienses que el silencio y la soledad son vectores invisibles de la misma geometría perdida y caduca que represento, que soy viejo como el mundo y no tengo interés, ni Facebook, Twitter o Instagram, redes sociales que palpitan al ritmo desenfrenado de un impulso digital, ahí puedes dominarlo todo, congelas las sonrisas, los besos y los abrazos. Mi red social está tejida con la sutileza de las arañas, los pasos soberbios de los ciervos, el vuelo delicado de las águilas y el tapiz cromático de las flores. El blanco nacarado de los días salvajes que acarician las montañas con su radiación luminosa en invierno se acumulará en las calles para que no te vayas, pero no estarás ya, ni tú ni otros como tú que alimentan las dudas por el futuro, sin pensar que aquí y ahora es donde se juega el porvenir. Pero piensa, aún estás a tiempo, dame tu mano agrietada, surcada por el estrés y la melancolía, y mírame ahora que todavía puedes, hazlo, respira profundo y escucha el agua cantarina de la catarata que se desploma con la elegancia de un cisne entonando su último canto. Es verdad que no soy perfecto, pero qué lo es, quién lo es. Cuando te sientas solo al atardecer, estaré a tu lado, en el ocaso de tu vida también, en el crepúsculo de la carne y el verbo me podrás sentir entre tus manos, en esa hoguera devastadora que es el tiempo, y podrás mirar mis rocas rojizas arder atizadas por el viento de la tarde y recordar cuando eras niño y en las nubes se dibujaban elefantes, rinocerontes, balones de fútbol o casitas de muñecas, y cuando me mirabas de frente, sin miedo, sin rencor, sin ganas de huir, y me gritabas tu nombre para que te lo devolviera como un boomerang mil veces revotado en el lomo de mis riscos. Ahora otros como tú sueñan con la gloria efímera de lo volátil, con escapar, mírame una vez más, como cuando eras niño y dime una última cosa, ¿con qué sueñas tú?



Cuando el silencio se oye



Donde nace el color



Agua de rodno

Patxi Díaz

Zaragoza, 1971.

Me dedico a la fotografía social, tanto a nivel profesional como a nivel personal retratando a las personas, sus costumbres y su entorno. También trabajo para el sector empresarial donde realizo reportaje de producto, de interiores y de instalaciones. Mi formación y experiencia en el ámbito del diseño gráfico y la fotografía me permite realizar trabajos en este campo, donde convergen los dos mundos, la fotografía y el diseño gráfico.

En la actualidad, mis proyectos personales se están centrando en la despoblación, muy concretamente en la Sierra de Albarracín, donde paso gran parte de mi tiempo libre, siendo una situación con la que me siento especialmente sensible.

¡Qué jueguen y sueñen!

Se cierne la sombra de anoche, la de esta mañana. Siento su dulce aroma a romero, a tomillo... Desaparece tras la ventana y me impide escribir poemas que nadie jamás leerá. Entretanto mi mirada se dirige a la calle. La calle ancha y esplendorosa donde el rumor del griterio infantil me lleva directo a los recuerdos de mi propia infancia.

Sueño con los ojos bien abiertos, una taza de café en la mano y la liviana esperanza de conservar el verano todo el año. Son palabras, versos o sonidos. Las hojas no murmuran bajo el viento helado, se deleitan observando el ir y venir de gentes que van y vuelven. Es la placentera sensación que nos invade y nos invita a dejarnos llevar por todos nuestros sentidos; oído, vista, olfato, tacto y gusto.

Como si fuera la primera vez de algo maravilloso y único. Para experimentar la noble y simple sensación de estar vivos. No existe mayor placer que abandonarse al acrobático mundo de nuestra infancia. Jugar, mirar, sentir, preguntar e intuir sin temores, dónde no pasa el tiempo, ni existe la zozobra de mañana, ni la prisa, ni siquiera el silencio.

Es ahora y en este lugar, construido para gozar de la luz que nos regala el día, para observar y deleitarnos con la curiosidad con la que los niños y niñas se envuelven para que nuestros recuerdos se prendan en nuestro almacén de sueños. Sin inquietudes, sin prisas y con la pausa adecuada para olisquear, para dudar o respirar con más fuerza. Y reír reír, una, dos, siete, diez veces sin demora y sin rubor.

Nos queda la noche para alimentarnos de estos sueños. De los sueños que se construyen a pequeños sorbos, con la mirada puesta en las pequeñas cosas: bailar, cantar y sentir se convierten en tareas placenteras que debemos practicar para no caer en la rutina o la desazón.

Siendo tierra, hiedras, aves o isabellas y silencios. Al alba canciones, a la tarde recuerdos y a la noche llanto. Para ser felices cuando las parejas bailan, los niños corren con las bicis y se pierden por el monte y los llantos asusten a las brujas allá en el alto. Desde arriba, desde el alto Javalon, nos miraremos y alzaremos los rostros e imploraremos por los que se quedan y vendrán, por los que se fueron y los que ya no están. En ese rayo de luz va impresa la luminosa esperanza. El haz fortalecido de la fuerza de las gentes sencillas y trabajadoras, aquellas que no se arredran, que aman y sueñan. Que sueñan y aman.

Víctor Manuel Lacambra
Dr. en Sociología



Partiendo la pana.
San Cristóbal_ Jabaloyas



Muchachada_Jabaloyas



La sierra_Jabaloyas

Darío Escriche Domínguez

Fuentes Calientes (Teruel), 1996.

La búsqueda de una obra transdisciplinar, junto a la ecología son los pilares básicos de mi creación. La transdisciplinariedad está estrechamente relacionada con el concepto de trascender, es decir, estar o ir más allá de algo. El mundo rural y la ecología son las temáticas que trabajo porque considero que no hay nada más relevante que la acción del hombre contra la naturaleza, ya que somos seres ecodependientes. Concibo el mundo rural como el ejemplo de un modo de vida sostenible y no abocado a un futuro tan negro, un mundo que tenga un posicionamiento activo con nuestro paso por la Tierra y pueda centrarse en combatir a través del arte y la reflexión otros problemas sociales.

De la mano del tiempo

Las religiones han sabido preservar en el ámbito de lo sagrado los placeres más exquisitos, empezando por el placer de la contemplación y el de vivir al mismo tiempo que lo que se contempla. En la arcadia del convento el tiempo que tarda en arder un tarugo se mide sobre el tiempo que tarda en ser aserrado con un tronizador o abierto con un hacha. La facilidad con que lo lamen las lenguas de fuego es proporcional al esfuerzo del leñador. En el mundo de la contemplación todos los hechos son sus causas y sus consecuencias: el vaso de leche es un pajar oscuro donde habitan las hirsutas cabras desde los tiempos de Viriato, la paja y el estiércol, la mano y el cubo, un proceso minucioso y persistente, indeclinable, inamovible. El proceso, su repetición, es el tiempo, las horas que reclama la vida, el ritmo que nos transporta hasta un tiempo común a todos los tiempos, un reloj exacto y asimétrico, de impulsos que tarde o temprano se repiten.

Y así, dentro ya de ese reloj, el sonido del chorro de leche al caer en el cubo combinado con el paso firme del caballo que arrastra el arado, el hacha que quiebra en astillas el corazón del tronco en contrapunto con el crepitar del fuego en las noches de hielo, el asceta se olvida incluso de la fascinación, de la idea de la Arcadia, y vive en ella con la dicha de quien, con la costumbre, ha convertido la aventura en necesidad y la esclavitud del tiempo en norma de vida sosegada. No se puede variar el transcurso de los días ni de las estaciones ni las normas que imponen con su ordenado azar, pero en el interior de cada hora, de cada rato idéntico y diario, hay un espacio amplio de soledad sin tiempo definido, un estar no solo en hoy, un haber estado e ir a estar, incluso un poder estar, cuando entre las sombras flotan caras como pájaros nocturnos de los que solo se adivina el brillo de los ojos. En ese tiempo la inacción es imaginación, el amparo de una fantasía compartida.

El bosque es un mundo lleno de símbolos. Lo sabían, de siempre, las comunidades capaces de abastecer su estómago y su espíritu con lo que la tierra de por sí les ofrecía. Lo sabemos ahora, de regreso al paraíso, cuando hemos aprendido a limitar el esfuerzo, pero nos gusta, como a los ascetas, vivir de la mano del tiempo.

Antonio Castellote
Profesor. Escritor







Julia Fernández Martínez

Albarracín (Teruel), 1995.

Todos tenemos, de un modo u otro, una relación con la Naturaleza; forma parte de nuestra condición humana. Soy una apasionada del mundo rural; crecí en Albarracín y es el lugar donde mi mente se provee, donde las cosas que suceden, tanto positivas como negativas, las siento propias. Documentar el olvido y denunciar todo lo que rompe mi mundo interno; fotografiar paisajes. Lo natural como representación de motivación y libertad. Dos conceptos que quiero que me acompañen durante mi carrera como fotógrafa y desarrollo como persona.

Paisajes vivos

Hay fotografías que nos conmueven y que despiertan nuestro corazón porque encierran paisajes vivos y a veces soñados, espacios sugerentes por lo que muestran, pero también por lo que en ellos falta. Imagino que comparto con la fotógrafa un mismo paisaje, aquel que cautivó primero y para siempre mi mirada, por eso las palabras surgen con naturalidad cuando intento expresar las sensaciones que me provocan sus imágenes.

Hay fotografías que nos invitan a pasear por la calle; a acariciar a un perro, sorprendido, como nosotros, por esa mirada que sueña detrás de la cámara; a jugar con la luz y las sombras; a construir o reconstruir una casa con firmes piedras de rodeno; a llenar la calle de gente y de vida.

Hay fotografías que nos evocan la casa de los padres, en la que nunca faltaban las siemprevivas. Cuando tuvimos que abandonarla, ellas vinieron con nosotros y embellecieron otras pobres casas encaladas. Mi madre trasladaba la belleza con sus tiestos. Amaba esa flor, metáfora de su propia vida, porque es la que mejor resiste, en circunstancias duras y desfavorables, la que tan bien se acomoda en los huecos del rodeno o en las grietas de las rotas tinajas, la que se regenera con facilidad, la que se niega a morir. Abunda también en nuestro paisaje la siempreviva de monte, llamada sol de oro porque mantenía su aroma y color amarillo intenso cuando se secaba en el interior de la casa. Adornemos, con desmesura, de siemprevivas nuestras casas.

Hay fotografías que nos imponen sus heridas, su geometría resquebrajada. Hermosas puertas con dos hojas, de madera y clavos antiguos, que ayer ennoblecían las casas y que hoy se abren tan solo al vacío de unas ruinas. Triste fin para un buen trabajo de artesano, hecho para perdurar. Demasiadas puertas desoladas en nuestro paisaje.

Siempre me gusta recordar, como consuelo frente al abandono, las palabras de la canción de Labordeta :

Regresaré a la casa
la casa de mi padre
abriré las ventanas
y que la limpie el aire

Hay fotografías que nos devuelven la primavera, tardía pero tan bella y dulce en nuestra tierra: cielos azules, caminos de hierba salpicados de rojos y morados, hojas nuevas en las ramas muertas de los árboles, brisa suave, desorden en las espigas. Este verde paisaje es el que acoge a la mujer que nos mira a través de su cámara. Mirada necesaria, mirada de esperanza. Una mirada joven para una vieja tierra.



Autorretrato



Un peatón; Paco.



Luis Frontera Aldana

Badajoz, 1980. Reside en Albarracín (Teruel)

Fotógrafo de orígenes extremeños (y guiño a Portugal), afincado y enamorado de La Sierra de Albarracín. De mi pasión por la Naturaleza y mi imaginación surge la necesidad de profundizar en el mundo de la Fotografía como medio de expresión. Tratando de mostrar mi humilde mirada del Mundo que nos rodea, aunque son muchas las variantes fotográficas que desarrollo, actualmente me encuentro ahondando en el paisaje Diurno y Nocturno con la combinación de larga exposición en medio urbano y naturaleza, tratando de buscar este mundo místico que nos traslada a lo más profundo de la imaginación. Mi trabajo es un cúmulo de emociones trabajadas con el tiempo y la luz, así como el disfrute de una gran cantidad de inquietudes artísticas por explorar. Actualmente también trabajo en el tema social buscando una perspectiva personalizada.

Tul

Nunca es tarde para que nazca una leyenda. Sin embargo, para que una de ellas se haga fuerte e inmortal debe ajustarse a parámetros muy estrictos. Lo primero son las circunstancias cósmicas: debería haber Luna llena, o un eclipse total de Sol, o que los hechos que narre transcurran en un momento especial del año. Como la Nochebuena, por ejemplo.

Después, claro, hará falta que el lugar elegido se enfrente a una situación extraordinaria. Una nevada o una ventisca valdrían. En esas condiciones el *genius loci*, el "alma secreta" del lugar, se manifestará sin lugar a dudas y dará paso, al fin, a sus fantasmas más arraigados. Ellos son los que construyen las mejores leyendas.

Albarracín, esta noche, lo tiene fácil. Aunque todos saben que la etérea silueta de doña Blanca no se deja ver más que en los plenilunios de agosto, la sorprendente alineación de factores que se han dado aquí la han invitado a asomarse a las murallas de la fortaleza que anida en el corazón del pueblo. Es difícil verla desde donde me encuentro. Sin embargo, hay algo en el aire –el suave rumor del viento, el murmullo del Guadalaviar, qué se yo– que denota su presencia.

Es ella. Lo sé. Su vestido de tul se ha desprendido de su cuerpo sutil y ha caído sobre el valle. La nieve es eso. Ahora lo sé... ¿O es solo leyenda?

Javier Sierra

Escritor. Premio Planeta 2017



Nevada. Albarracín



Nieblas Albarracín



Luis Antonio Gil Pellín

Alicante, 1952.

Desde siempre he sentido la pasión por la naturaleza y por adentrarme en sus recónditos y mágicos rincones, con el paso lento y los sentidos despiertos, saboreando el mundo natural en silencio y soledad e intentando captar su esencia en las formas, luces y los colores que lo conforman, recreando y mostrando a los demás mi particular visión.

Me siento fuertemente atraído por la belleza de la Sierra de Albarracín, a la que estoy íntimamente ligado por motivos familiares, desde mi juventud. A lo largo de mi trayectoria he obtenido diferentes premios tanto nacionales como internacionales y publicado en diferentes medios impresos y audiovisuales.

Solo el olvido permanece

Apacigua la memoria, atempera la rabia y la añoranza, marchita el anhelo. Olvido inabarcable, perenne, sereno.

...

Solo la piedra respira. Rotunda, gélida, candente. Testimonio de quimeras, de ojalás, de porvenires y pasados. Corazón abisal que atesora cocinas humeantes, alcobas de candil, pasiones congeladas; trincheras, palacios, cuadras.

La piedra inerte, viva en la historia y en el frío.

Frío que jamás se apaga.

...

Solo el vacío llena el espacio. Los objetos, la gente y la materia son intrusos que lo habitan, arrendados por el tiempo. El vacío abre el sendero, colma de suspiros, rebosa horizontes.

...

Solo en la tristeza cabe la esperanza. Un día nuevo, un verano de otoño, una primavera congelada, bastarda.

No te rindas: una semilla más, un paso más hacia un cielo argentado, empapado de escarcha, profunda belleza y soledad.

...

Soledad de solo, de solamente, de nada y de nadie. La soledad que abraza, que encallece y humaniza. La que engendró mil poemas y parió mil canciones.

La soledad del hielo, del camino, del sol de invierno.

Solo el que marchó permanece. Emigra, impasible, en cada regreso. Aquí lloré, allá soñé, de allí me fui para no dejar, jamás, de regresar.

Abraza, pesaroso, al olvidado. Y en cada abrazo vuelve a partir, vuelve a quedarse, vuelve a quebrar.

...

Solo aquel que permanece puede olvidar. Olvida el arraigo, la brisa de mies, el cierzo y el bochorno.

Olvida el futuro, sueña con lo ya vivido.

Olvida por qué, olvida por dónde, olvida hasta cuándo.

Se despereza y pisotea, desdeñoso, las huellas borradas.



Invierno en Frías de Albarracín



Laguna de Rodenas



Otoño en el Barranco del Cabrerizo

Lidia Hernández Perona

Teruel, 1985. Reside en Bronchales (Teruel)

Siempre atraída por lo artístico, estudié Bellas Artes siguiendo la rama de escultura, para al final dejarme llevar por la tecnología y perderme en el mundo del modelado 3D, aunque también me ha creado inquietud la fotografía, poder congelar una imagen para siempre....

Como artista siempre he buscado mi inspiración y modelo en las formas que me proporciona la propia naturaleza, descubriendo a cada paso que doy los detalles más pequeños e insignificantes que esconde y poder transmitir mi relación con ese entorno.

Esa tenue policromía del ánimo

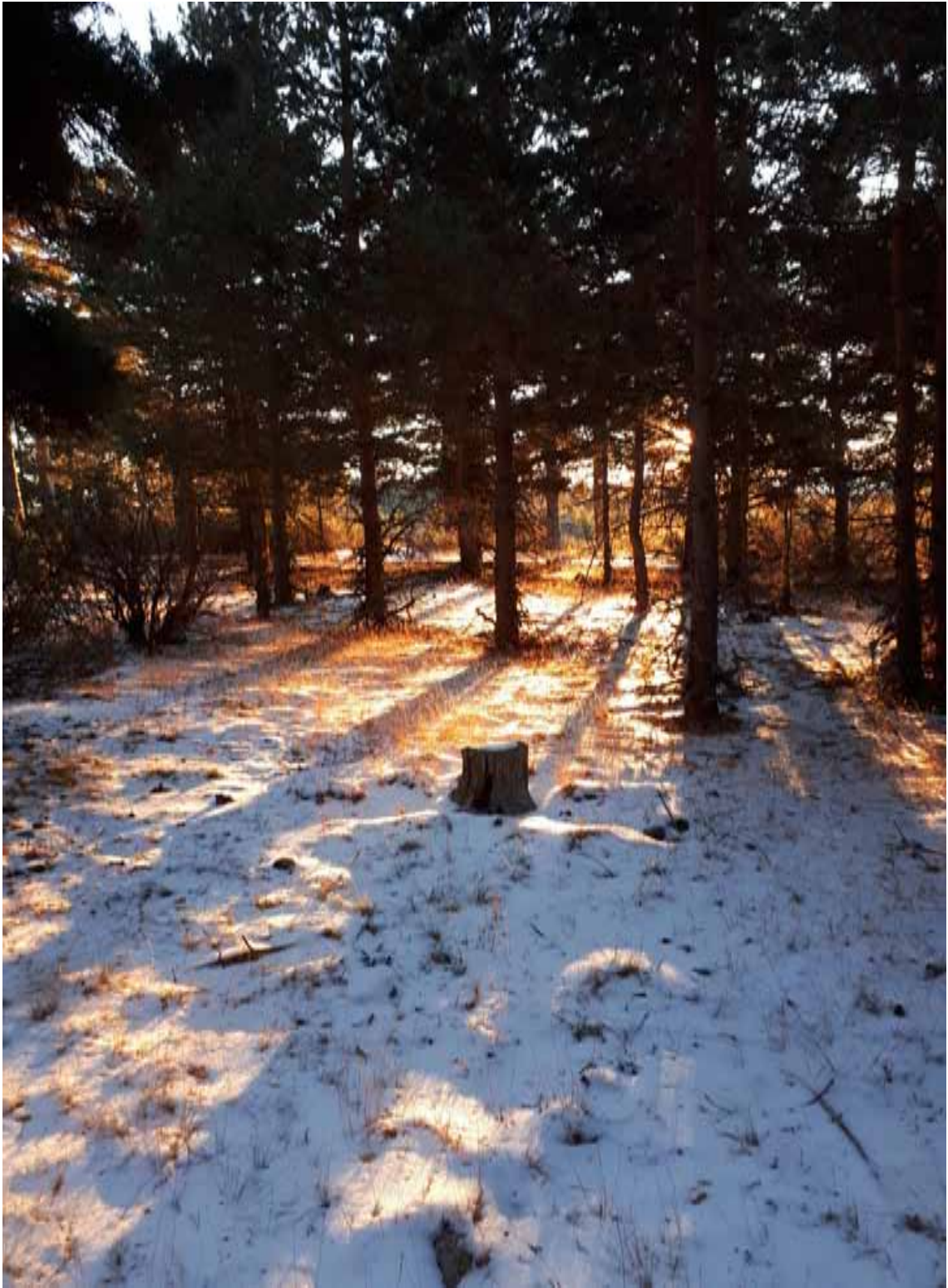
Con la llegada de los tonos rojizos y amarillos podríamos decir, imitando versos de aquel poeta andaluz (Bécquer): ¡qué solos se quedan los álamos y choperas! El otoño trae eso, nostalgia, luz a medias y debilitada, desvanecer del alma en las hojas que por ley natural resbalan en el aire hasta caer derrotadas. La Sierra es a veces eso, sueño de otoño con su neblina onírica, nostalgia que viene de más allá del alma, la soledad abrazada al tronco de un pino que desprende vida por sus costados. El silencio se vierte sobre las ruinas en tránsito, pero al mismo tiempo algo ya empieza a cuajar en el suelo alfombrado, el tiempo natural inicia el siguiente ciclo más allá de nuestro mirar.

Y ha de venir asimismo, y por ley también natural, ese *silencio medieval de la nieve*, del que habla el escritor turco Orhan Pamuk. Y traerá esa belleza helada, despoblada, árboles como fantasmas que clavan sus raíces en terrenos silúricos, la altitud de la meditación, agreste y solitaria. Pienso en la piel helada de la mano que con la mirada puesta en este paisaje, en su infinita latitud o en su detalle limitado, decidió el instante preciso de captar una luz remota y su encuadre, y la paz y reposo que sintió luego, más tarde, al archivarla, como yo ahora al contemplar la imagen definitiva. La nieve crea paisajes irreales, siempre los creó así, distantes como la profundidad de las simas, remotos y bellos a la par que efímeros, lenguaje del alma que se agazapa ante la blancura casi irreal del infinito, y metáfora irremediable de la ausencia, de la distancia, y quizá del abandono, en espera de un deshielo que llegará rutinario y metódico, y en su momento preciso sin prisa alguna. La mirada sobre este espacio puede parecer desoladora y devastadora en su belleza, pero alguien encuadró y atrapó su luz a costa de vivirla y sentirla como parte de su ser, y tal vez, de su alma inquieta, de su ánimo...





Sencillamente natural



Proyecciones al amanecer

Laura Hernández M.//Alicia H. Moreno

Teruel,1982. // Teruel,1986. Residen en Albarracín (Teruel)

Es el arte y el amor dos de las pocas buenas noticias que subyacen escritas en la frente de este mundo. Hoy nos hemos reunido aquí, parientes vikingos, islandeses que disfrutaban de las gélidas llanuras nórdicas, dos serranas aragonesas y un cubano, en estas, las hermosas colinas albarracinenses. Ya habían venido hace unos años, ahora compartimos el gozo de estar juntos una vez más en esta nuestra humilde instantánea para hablar de la revelancia ostensible de los lugares de permanencia una vez hechos nuestros. Son espacios que se resisten al abandono, es decir, que son llenados por entes que a su vez están repletos de lo que aconteció y sucede en dichos espacios.

Condición necesaria

De lo sucedido y de lo vivido nada queda. Acaso, una débil constancia y una fugaz conciencia. La constancia de una memoria arbitraria y la conciencia —imprecisa y aleatoria— de un espejismo discursivo con el que nos identificamos y en el que nos construimos. A través del mismo nos inventamos y en ese hacernos —en ese intento por aportar argumentos a algo que no lo posee—, fabulamos el relato que dice nuestro haber sido.

Narrar la biografía e identidad que dotan de un yo —de un cuerpo semántico—, conlleva articularnos desde la invención que requiere esa narración. Una narración —sustentada en la realidad de una ficción y en la ficción de una realidad— que permite significar el vivir.

Ahora bien, ¿qué es aquello que leemos en ese texto que, mientras es relatado, nos relata? Quizás, algo cercano a nada. La desbaratada caligrafía que escribe la perplejidad sobre lo sido. La sospecha que suscita un decir que busca cauterizar la incertidumbre derivada del hubo y del soy.

Sin embargo, aunque de lo sucedido no permanezca nada, de lo no sucedido resta todo.

Y es que lo no sucedido nos sitúa más que en el territorio de lo posible, en el espacio de la posibilidad. De la posibilidad en sí. Un espacio que remite no tanto al mundo de lo factible —el universo de aquello que puede realizarse—, como al mundo de la disponibilidad, ese mundo que hace posible que lo posible pueda ser.

La disponibilidad genera apertura. Su espacio es el ámbito que acoge la decibilidad y no lo que ha quedado dicho, un espacio de indeterminación que se halla sin plantear ni resolver y que, siendo verdaderamente nada, constituye todo.

De este modo, si lo sucedido se reduce a nada —puesto que nada sido será en un futuro que inventará nuestro ahora—, el todo que conlleva lo no sucedido, ese todo que remite a una escritura no escrita, nos abre al vivir, a la realidad previa a la construcción de la realidad. Un ámbito que, anterior a la palabra, hace posible la palabra, no siendo ni lo escrito ni lo no escrito, sino su condición necesaria.

Lo no vivido —lo despojado de escritura y de palabra, el paisaje despoblado— queda, por ello, como frágil y tenue espacio de vida. Vida que lo es por ser disposición y predisposición, anhelada posibilidad de un discurso que, diciendo lo irrepresentable, representa lo indecible.

David Pérez
Catedrático de Claves del discurso artístico contemporáneo
Universitat Politècnica de València







Jaime Lahoz (Drakis)

Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1980. Reside en Griegos (Teruel)

Residente de la Sierra de Albarracín desde 2003 desde que dejé la ciudad para reencontrarme con la Sierra que tanto me ha fascinado desde siempre. Fotógrafo de naturaleza, aficionado desde 2004. Bloguero desde 2005 (www.drakis.net). APN (Agente para la Protección de la Naturaleza) desde 2011. Montañero, meteorólogo del frío y un enamorado de los Montes Universales.

Algún lugar

A través de otra mirada reverberan momentos vividos en la Sierra de Albarracín. Fotografías cuyo sentido es el de plasmar un momento, captar experiencias cercanas que quedarán para el recuerdo. La frescura y sencillez de estos instantes transmiten naturalidad y verdad, son imágenes que desprenden sinceridad.

Ese sentido original de las imágenes se muestra alterado cuando pasan desde el pensar en uno mismo, desde la privacidad de sus protagonistas y del reducto acotado de lo familiar, a su exposición pública, a un pensar colectivo que introduce nuevos significados y subraya su valor como documento. Ninguna imagen es inerte, siempre comunica y, a pesar de ser fragmentos de una realidad, de algún lugar incierto, al separarse del entorno y del contexto y al contemplarlas sin el afecto con que fueron tomadas, desde la distancia, llegan hasta nosotros de otra manera, pierde sus particularidades y acentúan sus aspectos y significados universales y así, estas fotografías vienen a enriquecer el sentido de las palabras: silencio, naturaleza, belleza, soledad, paz, abandono...; son testimonio visual, fijan sobre el papel el acontecer de un instante, pasando de un plano puramente estético a otro de carácter documental.

Como dice Susan Sontag *la fotografía es el gran guardián de la memoria*, volvemos a ella para revivir momentos, para reforzar el recuerdo, para volverlo a activar. Y así ocurre con estas imágenes, son huella, rastro directo que alguien ha plasmado y que nos traslada a ese encuentro con la belleza sencilla y natural de las cosas que se apagan pero también la perspectiva de futuro a través de una luz que refleja y vivifica.

La memoria entraña un acto de redención, dice Sontag, porque *lo que se recuerda ha sido salvado de la nada y lo que se olvida ha quedado abandonado para siempre*. Estas imágenes son un asidero para nosotros, para recordar lugares, valorarlos y reivindicarlos como espacios auténticos que nunca se deben de perder. Fotografías que muestran vida, una vida que ahora mismo está siendo vivida, que tiene que ver con una realidad palpable, con experiencias vitales y cotidianas, reflejan la dualidad de la vida: sus debilidades, lo caduco y perecedero, el tiempo y sus estragos, pero también sus fortalezas, vivifican los lugares donde fueron tomadas, los sitúa y engrandece, una especie de atemporalidad que ratifica aquello que el gran fotógrafo mexicano Manuel Álvarez Bravo dijo con respecto al poder de las imágenes: "lo importante en un fotógrafo es su sinceridad, su capacidad de trascender desde lo personal al plano documental para alcanzar la plenitud humana".

Ahora, al revivir los lugares de Albarracín que perduran en mí, las imágenes se mezclan con el olor limpio de la hierba y la resina de los árboles, con la riqueza de belleza singular y cromática de la piedra de rodano. Recuerdo la senda del Cabrerizo y aquel escarpado camino que conducía hasta las pinturas rupestres del abrigo del Navazo o del Tío Campano. La historia y la vida en esos lugares es tanta, que no hay ser humano que pueda borrarla.

Santiago Martínez Fernández
*Dr. en Historia del Arte .
Crítico y comisario de Arte.*



Transhumancia de Bravo



Por las calles de Albarracín



Dos generaciones en la Laguna de Bezas

Tino Quílez

Alcañiz (Teruel), 1968.

Trabajo en el área de Salud Mental y mi inquietud por el arte me llevó a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios de Teruel la especialidad de cerámica. Desde hace años me atrae el teatro, la fotografía y la escritura. En la actualidad estudio el Grado de Historia del Arte y, entre tanto, Albarracín es un lugar de reencuentro con el paisaje, la familia y los amigos.

Voy a vender la serrana

La vida se extiende con brazos abrigos
abarcando con dureza los rincones
y si araña a veces es por aferrarse
al alma inquieta del que mira sus caminos.

El cayado nos sostiene
porque los huesos ya se quiebran,
y es difícil no quejarse
aun armados de paciencia.

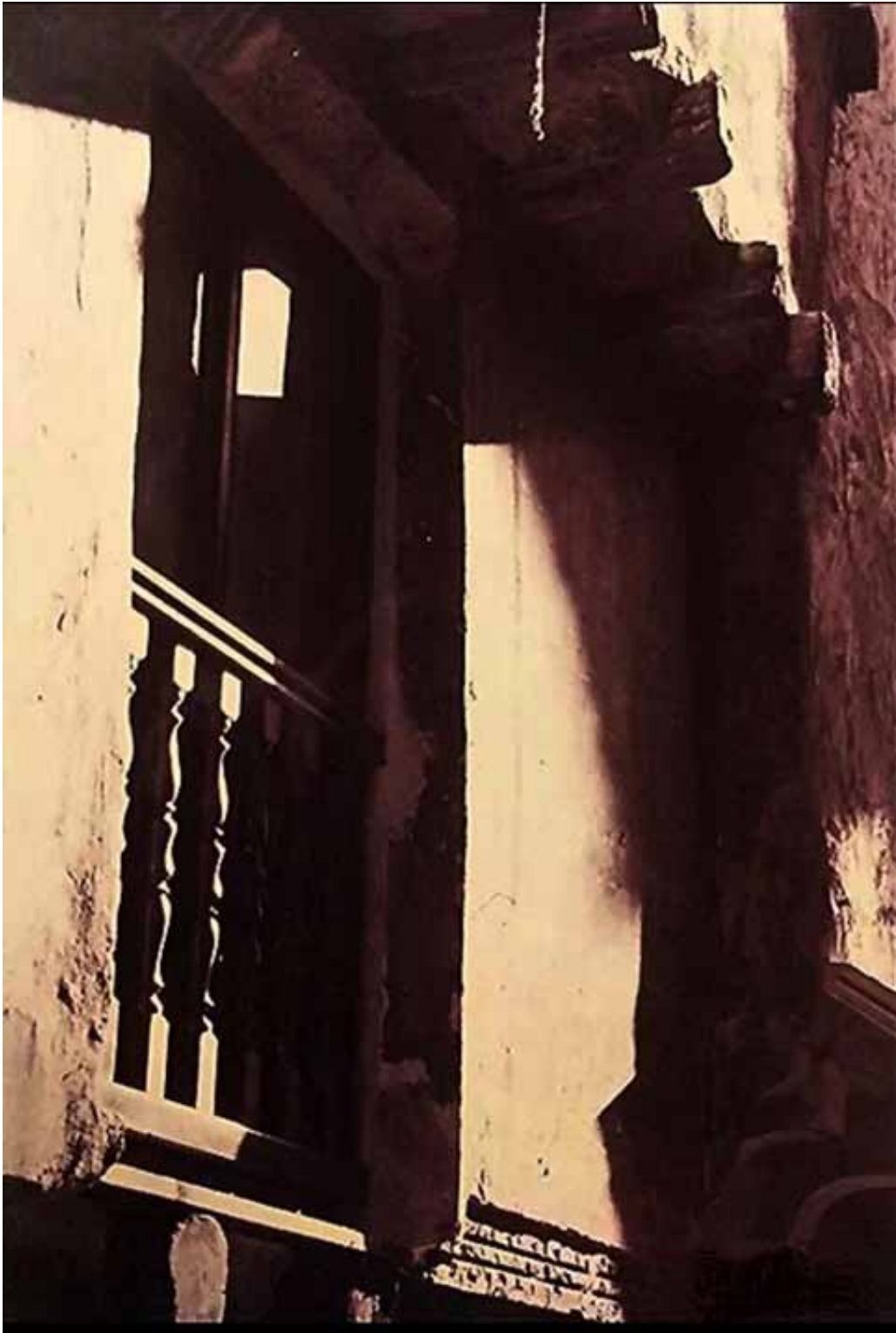
Es hermoso lo que nuestros ojos
ven al amanecer cada mañana.
¿Lo apreciamos sólo nosotros?
Espero que lo amen al menos los de casa.

Que lo mimen y lo ensalcen,
que lo muestren con orgullo a los de fuera,
y que se planten como yo a admirar...
¡qué de rica es nuestra tierra!

Cristina Giménez
Poeta



Piel resaca



Media mañana



Mónica Sánchez Muñoz

Teruel, 1979. Reside en Orihuela del Tremedal (Teruel)

Habitante de esta Sierra y residente en Orihuela del Tremedal, trabajo como responsable del centro ocupacional ATADI Sierra de Albarracín. Presidenta de la Asociación Cultural “La Falaguera” de Orihuela del Tremedal que edita una revista anual con el mismo nombre. Desde hace algunos años mi afición por la pintura y la fotografía me llevan a mirar estos paisajes con una perspectiva del quien vive y convive en ellos.

Oxígeno puro

Cada tarde la sombra alargada
cubre las hojas y enfría el musgo
que tiritita, pero a su gusto,
y espera feliz la madrugada.

Cada tarde el paseo oxigena
y deja surgir los pensamientos,
esos que se silencian en almas duras
y sólo aparecen de ciento en viento.

Con cada paso se observa desde fuera
la vida que se hilvana por dentro
y con los sonidos de la montaña
se tornan más livianos los enredos.

Esta tarde en el paseo
puede que otee un ciervo,
o puede que simplemente
piense en lo que he de hacer mañana.

El que no pasea por estas sendas
no sabe de qué estoy hablando,
no escucha lo que se siente
ni percibe lo que ganamos.



Rutina



Vacada



Corro de setas

Este catálogo se terminó de imprimir
con motivo de la exposición
itinerante de fotografía
“sin una mirada
no hay paisaje”,
que inició su trayecto en la
8ª Jornada de Patrimonio Cultural
Inmaterial de la Sierra de Albarracín,
el día 24 de noviembre de 2018.

